

EL DRAMA SINDICAL

Con los ecos de dispendiosas cabalgatas de reyes, me llegan dos noticias sobre el mundo del trabajo. La primera trata de los incumplimientos y dificultades para que los prejubilados y despedidos en empresas de Linares accedan a las condiciones pactadas. La segunda refiere la aceptación, por parte de UGT y CCOO, de menores subidas salariales que el IPC y del contrato a tiempo parcial. Superando el desagrado inicial de tales eventos, me dispongo a reflexionar sobre: las distintas visiones del asunto, el origen, las consecuencias y los posibles remedios.

La primera y tentadora visión, no sin cierto fundamento, para la gran mayoría del personal sería la lapidación de quienes representan a dichos sindicatos. Pero como a la hora de tirar piedras puede que se junten las *churras con las merinas*, bueno es que cada cual miremos si estamos libres -aunque sea de una pequeña- culpa. Vayamos por partes y con orden caprichoso.

La visión de Méndez y Toxo no es la improvisación de un traspase, sino la respuesta a un cúmulo de intenciones y circunstancias contrapuestas. De un lado, tratarán -supongo- de no desairar el legado y objetivos de Pablo Iglesias, Marcelino Camacho y de tanta gente anónima y sacrificada como han luchado por las conquistas sociales ahora en peligro. De otro, afrontarán su responsabilidad casi empresarial de financiar a las personas y medios que se requieren para *un sindicalismo de hoy*. Por ello han de seguir negociando con el gobierno de turno tragando los sapos necesarios.

Visión muy distinta tienen quienes, en el pasado o ahora, han militado de buena fe en las citadas organizaciones y tolerando con desigual actitud decisiones, prácticas y modos de financiación de las mismas. De la misma manera sufren la incompreensión de quienes, muchas veces sin ninguna legitimidad, afean o ignoran una trayectoria combativa, crítica y honesta. Son estas personas las primeras en lamentar que haya habido un dirigente como Fidalgo capaz de acabar siendo útil al PP. También les mortifica que las instalaciones locales hayan pasado a llamarse *delegaciones* en lugar de *uniones* como antes y que lo triste sea que no es un cambio semántico: miran hacia arriba.

Parecida visión, pero con actitud distinta, es la de la gente luchadora que se han encuadrado en sindicatos minoritarios o que siguen dando la cara de manera arriesgada en el puesto de trabajo. Continuamente arrostran los inconvenientes de su escasa implantación, la patronal crecida y las concesiones reconocidas por los sindicatos mayoritarios y el consiguiente desprestigio de la -verdadera e imprescindible- acción sindical.

Un visión, mucho más peligrosa por influyente y extendida, es la que, promovida desde los medios del poder, han hecho suya una gran cantidad de personas. Esas mismas personas, que sin afiliarse acuden al sindicato a que le asesore, no tienen inconveniente en pedir la supresión de subvención a los sindicatos. En otros casos los toma como una iguala para delegar en la voluntariedad de otros de quienes no cabe esperar un eterno y permanente altruismo. Ese ciudadano que va zombi al trabajo, que no se siente trabajador cuando alguien hace huelga en la calle o en el metro y que si acaso se moviliza es cuando está en peligro su único puesto de trabajo. Ese súbdito, más que ciudadano, resultante del *pensamiento único* que con pavorosa eficacia propician los nuevos estilos de vida y el tinglado mediático dominante. ¿Para qué los sindicatos, la huelga, o la negociación colectiva? No les importa que se subvencione con más generosidad a la patronal, la iglesia y otras entidades que promueven la orientación reaccionaria y dogmática que consolida este neofranquismo imperante.

Otra visión, en parte contaminada por los anteriores clichés, propende a una descalificación global y tal vez apresurada. Efectivamente, puede que, como ciertos partidos, los sindicatos tampoco NOS REPRESENTEN a la hora de firmar lo que les proponen estos días. Pero es un grave error condenar la totalidad de la lucha obrera ignorando los sacrificios y martirios en su histórico origen, los sentimientos de mucha gente honesta y el vacío que generaría el maltrato y debilidad del movimiento en su conjunto. No se puede decir lo mismo que esa España de la caverna. Si estos sindicatos no nos sirven, inventemos otros nuevos como hubo de hacerse en otra época.

Se va convirtiendo en una necesidad colectiva el analizar el origen de este deterioro de lo sindical. En las diferentes visiones señaladas, y en otras, se pueden ir apuntando causas y consecuencias. Los nuevos aires que buscan autenticidad en el hacer social deben penetrar más en el campo sindical para el enriquecimiento mutuo. Tal vez no valga, desde fuera, enarbolar prejuicios, sino acercarse a la realidad de manera comprometida para comprenderla. Por otro lado, cabría esperar de ciertas burocracias y actitudes sindicales una mayor apertura y renovación hacia los sectores de inmigración, desempleo o en precario. Se percibe en ciertos ambientes (grandes empresas, servicios públicos, ..) tentaciones al privilegio sindical o corporativo en detrimento de la equidad para con el compañero usuario, con los sectores arriba señalados, o con la ciudadanía en su conjunto. Hay algunas actitudes mejorables que se exageran y utilizan por el neoliberalismo en contra de los servicios públicos y de la lógica estabilidad en el empleo de quienes lo desempeñan con mayor responsabilidad y eficacia.

En este mundo de hegemonía neoliberal, tal vez convenga mezclar, de manera casi indisoluble y permanente, la reivindicación inmediata de lo perentorio con la que se dirige hacia ese mundo necesario y posible de *decrecimiento*. No hay mayor peligro que la falta de actitud crítica. Sin ella iremos aumentando esa sima de zombis a la que conduce el pensamiento único. Conviene desenmascarar el discurso falaz del crecimiento (de ninguna manera sostenible con recursos limitados) y de la competitividad (imposible para todos los países y sus mercados). Todo ello supone una vida con menos engaños, menos supersticiones, dónde el drama sindical es señal de falta del humanismo que armonice lo natural con el conocimiento y de la ética.

Parece un discurso con exceso de trascendencia, tras haber partido de una problemática sindical española. Sin embargo, y porque puede ser más dramática y general la situación, hemos de *tener presente la necesidad del pacto para el buen uso y justo reparto del diálogo, del trabajo y de los bienes intelectuales y materiales. La ciudadanía consciente, o lo que es lo mismo las trabajadoras y trabajadores conscientes de serlo*, no nos podemos permitir que la lógica salvaje de esa mafia capitalista neoliberal haga imposible el futuro de la especie. En épocas pasadas las llamadas crisis se venían resolviendo con grandes guerras, epidemias o hambrunas. Estas mismas se mantienen en lugares localizados y como campos de experimentación de la poderosa industria del armamento o del control de poblaciones o países. Hoy los siete mil millones de personas, y sobre todo la gran capacidad destructiva de los modernos ingenios bélicos apuntan como mejor salida el sugerido **pacto para el decrecimiento solidario**.

Tal vez tengamos que-pese a todo- hacer de la necesidad virtud. Y así, apartándonos de tanta manipulación y desvarío, encontremos la solución en la despreciada memoria. No es fácil pararse a pensar y prescindir de tanta huera necesidad inculcada de hoy. Por ello, vendría bien bucear en el movimiento obrero de aquel turbulento siglo XIX que nos sugeriría: *a cada cual según sus necesidades, de cada cual según sus posibilidades*.

Antonio Martínez Lara. Linares 6 de enero de 2.012.

